

Elogio del tlacuache

José María Filgueiras Nodar *

Resumen

Este artículo comienza narrando las experiencias autobiográficas que llevaron al autor a construir una autoetnografía sobre los tlacuaches, presentando en primer lugar algunas de sus características más relevantes como especie y, en segundo lugar, un panorama de su destacada presencia en la mitología mesoamericana, tanto a nivel histórico como en los pueblos originarios de la actualidad. El texto finaliza con unas reflexiones en las cuales se plantea el papel que la mercadotecnia social puede jugar para mejorar la imagen del tlacuache y así conseguir evitar situaciones negativas de maltrato y atropellos.

Palabras clave: autoetnografía, zarigüeya, *Didelphis virginiana*, *Didelphis marsupialis*, mercadotecnia social, ética ambiental.

Recibido: 26 de septiembre de 2019

Abstract

This article begins by narrating the autobiographical experiences that led the author to construct an auto-ethnography about opossums, presenting primarily some of their most relevant characteristics as a species, and secondly, an overview of their outstanding presence in Mesoamerican mythology, both on a historical level and among the native peoples of today. The text ends with some reflections on the role that social marketing can play to improve the image of the opossum and thus avoid negative situations of abuse and collisions.

Key words: autoethnography, opossum, *Didelphis virginiana*, *Didelphis marsupialis*, social marketing, environmental ethics.

Aceptado: 20 de octubre de 2020

Introducción

La primera vez que me encontré con un tlacuache vivo fue en Cuernavaca (Morelos), una noche del año 2000 o 2001. Lo había entrevistado desde la ventana y salí al jardín con mi cámara fotográfica. El tlacuache estaba sobre la barda y se quedó quieto bastante tiempo, más que suficiente para que pudiera tomarle una fotografía y luego quedarme un rato viéndolo posar. Desconozco si los tlacuaches se "aluzan", es decir, se inmovilizan frente a una luz

fuerte, como se dice de los venados, o fue casualidad.

Me cayó bien desde el primer momento. Era un animal que no conocía, y los animales siempre tienden a caerme bien. Al día siguiente, pregunté a mi novia morelense acerca de aquel animalito que no conocía, explicándole cómo era. Me dijo que se llamaba tlacuache y que mucha gente lo consideraba peligroso, porque podía hacer daño a las personas con sus garras. También me habló de una tradición que

Instituto de Turismo, Universidad del Mar campus Huatulco. Ciudad Universitaria, La Crucecita, Huatulco 70989, Oaxaca, México.

*Autor de correspondencia: metralatam@hotmail.com

ahora no recuerdo bien, algo referente a las embarazadas, que debían ser protegidas de su presencia. Tal vez tuviese que ver con algo que leí más tarde, una idea antigua y errónea acerca de que los tlacuaches chupan la sangre de otros animales, pero no me acuerdo. En cualquier caso, cuando fui a revelar la foto (en aquellos tiempos analógicos había que sacar el carrete de la cámara, llevarlo a revelar y esperar un tiempo para ver el producto final, es decir, las fotografías) allí estaba inmortalizado el tlacuache, con su larga cola y dos ojos muy brillantes que, en mi imaginación, parecían tener esa mirada ubicua de ciertos cuadros.

La segunda vez fue en Huatulco (Oaxaca), durante el 2014, y más interesante. También era de noche; yo estaba esperando dentro de mi carro, en el estacionamiento de una unidad habitacional. El tlacuache llegó y se plantó en el vestíbulo del edificio, perfectamente iluminado. Dio un par de vueltas rastreando el suelo, supongo que buscando cosas que comer, y se paró justo enfrente de mí, mirando hacia la izquierda. Entonces sucedió algo que durante años he interpretado como una hierofanía. El tlacuache movió su hocico y olió todo su alrededor de una manera tan expresiva, tan hermosa, que me pareció captar cómo absorbía todo un universo de qualia a través de su olfato.

Tratando de hacer una mínima fenomenología de esta experiencia, creo que lo más interesante a nivel causal, lo que provocó gran parte de la intensidad de este momento, fue que el tlacuache parecía totalmente ignorante de mí, o, mejor dicho, totalmente absorto en su propia existencia, navegando en paz sobre un mar de oikeiosis. Podría decirse que estaba siendo él mismo, que estaba siendo un tlacuache. Y eso me hizo pensar cómo sería

vivir la vida de aquel lindo animalito, o, recordando el famoso artículo de Thomas Nagel (1974), "What Is It Like to Be a Bat?", qué se siente siendo un tlacuache.

También recordé ese experimento mental de Frank Jackson (1982, 1986) llamado *Mary*, una científica experta en el color pero que, no obstante, está encerrada en un cuarto que no le deja ver el mundo más que en blanco y negro. ¿Qué es lo que *Mary* aprende cuando puede ver el mundo a través de una pantalla a todo color? Aplicado a este caso: ¿qué aprendí después de mi avistamiento?

No es que por entonces fuese poco comprensivo, pero ver al tlacuache me volvió aún más, haciendo que me diera cuenta a todo color, en Cinemascope y hasta en 4D, de que no debes odiar, despreciar o reírte de nadie por ser distinto, por tener distintos gustos, por ocupar el mismo espacio y consumir los mismos recursos que tú, e incluso porque esa persona te odie, te desprecie o se ría de ti. Ver al tlacuache absorber en paz el mundo por su nariz me dejó claro que el sol (en su caso las estrellas o la luna) sale para todos. Pero también hizo que, desde entonces, nunca volviera a ver un tlacuache atropellado (con mucho, la forma más habitual de encontrarse con ellos) sin acordarme de ese momento.

Evidentemente, el tlacuache de Huatulco no era el mismo que había visto en Morelos, a cientos de kilómetros y quince años de distancia. Pero, de algún modo, mi cerebro creó una conexión. Regresando al modo de expresión autoindulgentemente místico de los párrafos anteriores, podría decir que fue la segunda parte de un mensaje que había iniciado con el siglo. Tal vez aquella primera ocasión todavía no era digno de recibir el mensaje. Tal vez debieron pasar todos esos años, en los cuales fue cambiando mi actitud con respecto

¹ De hecho, Sánchez (1991: 7) considera que "la familia Didelphidae [...] es el grupo troncal donde derivan todos los marsupiales".

a los animales no humanos, y en general con el entorno. Tal vez el primer tlacuache estuviera diciendo: “espérate tantito”. Tal vez era el mismo dios-tlacuache, que quería asegurarse de que entendía el mensaje. No creo en nada sobrenatural, pero quién negaría la estética de unas reflexiones semejantes. Con respecto al mensaje, a esa lección que debería haber aprendido durante los dos minutos escasos que duró el avistamiento, aún no lo tengo plenamente claro tanto tiempo después, pero sí que debía escribir este elogio.

¿Quién es el tlacuache?

La familia Didelphidae, a la que pertenecen los tlacuaches, es una familia de mamíferos marsupiales (o metaterios)¹ que se halla extendida por toda América. En México habitan las siguientes especies como se observa en la tabla I.

En el área de Huatulco existen tres de las especies que aparecen en la tabla I, atendiendo a las referencias que expongo a continuación. De acuerdo con el

“Programa de Manejo del Parque Nacional Huatulco”, en esta Área Natural Protegida habita el tlacuache común (Conanp 2003). Por otro lado, Lira *et al.* (2008), como parte del completo diagnóstico de los recursos de la bahía y micro-cuenca de Cacaluta dirigido por Juan Manuel Domínguez-Licona, elaboran un listado de los mamíferos que habitan esta zona del municipio de Santa María Huatulco. En dicho listado, aparecen tres representantes de la familia Didelphidae: *Didelphis virginiana* y *Didelphis marsupialis*, ambos designados con el mismo nombre popular de “tlacuache común” (Lira *et al.* 2008), además del tlacuachín (*Tlacuatzin canescens*). Después de haber visto información y fotografías sobre esta última especie, tengo claro que mis avistamientos siempre han sido de alguna de las dos anteriores (no me atrevería a especificar cuál²), casi siempre tlacuaches con poco pelo y coloración más oscura³.

Los tlacuaches o zarigüeyas poseen multitud de características que los hacen interesantes, siendo la primera que son

Tabla I. Familia Didelphidae en México (Fuente: Elaboración propia con datos de Ceballos *et al.* (2005) y para los nombres comunes Naturalista.mx).

Subfamilia Caluromyinae
<i>Caluromys derbianus</i> (tlacuache dorado)
Subfamilia Didelphinae
<i>Chironectes minimus</i> (tlacuache acuático)
<i>Didelphis marsupialis</i> (tlacuache sureño, tlacuache común)
<i>Didelphis virginiana</i> (tlacuache común, tlacuache norteño)
<i>Marmosa mexicana</i> (tlacuache ratón mexicano)
<i>Metachirus nudicaudatus</i> (tlacuache cuatro ojos)
<i>Philander opossum</i> (tlacuache cuatro ojos gris)
<i>Tlacuatzin canescens</i> (tlacuachín)

² “Las mejillas en *D. marsupialis* son de color crema a amarillas y en *D. virginiana* son blancas; el largo de zona oscura de la cola alcanza más de la mitad en *D. marsupialis*, mientras que en *D. virginiana* es menor y el almizcle es café ocre en *D. marsupialis* y verde en *D. virginiana*” (Cruz *et al.* 2014: 253).

³ “La coloración varía de región en región, hacia el norte de su distribución presenta un pelaje primario que es muy grueso y blancuzco, la cobertura de arriba más pálida dando como contraste un color grisáceo; las poblaciones al sur son más oscuras y tienen menos pelo” (Sánchez 1991: 7).



Figura 1. Tlacuache caminando (Fuente: United States Fish & Wildlife Service; Autor: Steve Hillebrand; dominio público).

consideradas “fósiles vivientes”. Para profundizar en esta idea, conviene seguir la interesante narración que proporcionan Rueda *et al.* (2013) acerca de la biogeografía de los marsupiales. De acuerdo con esta narración, los marsupiales se originan en Norteamérica y de allí pasan a Sudamérica, extinguiéndose en su lugar de origen. De Sudamérica se extienden a otros continentes, como la Antártida (de donde se extinguen al ocupar este continente el extremo Sur del planeta) y Australia (donde todavía permanecen). También regresan otra vez hacia el Norte con el ascenso del istmo de Panamá, en lo que se ha llamado el Gran Intercambio Biótico Americano.

De acuerdo con Rueda *et al.* (2013), una

de las teorías más aceptadas afirma que ya en el período Cretácico (es decir, hace entre 65 y 145 millones de años) existían especies sorprendentemente parecidas a los actuales tlacuaches, como el *Alphadon*.

Desde luego, este es un tema sobre el cual se han propuesto teorías alternativas, alguna de las cuales ubica el origen de los didélfidos en un marco temporal mucho más reciente (hace veinte millones de años, más o menos). Pero, en cualquier caso, se trata de momentos en los cuales la especie humana no era más que un lejánísimo *nondum conceptus*, por lo que puede asumirse con facilidad que todos esos argumentos que acusan a los tlacuaches de ‘invadir’ lo que sea (las casas, los terrenos de cultivo, etc.) carecen absolutamente de

⁴ Según Wikipedia, *D. marsupialis* “recibe los nombres vulgares de zarigüeya común americana, zarigüeya cangrejera, tacuacín (o tacuazín), tlacuache común (nahuatlismos de ‘tacuatzin’), guazalo, mbicuré cangrejero, chucha, runcho, zorra chucha, rabipelado (en Venezuela), faro (también en Venezuela), fara, runcho, faro, chucha (en Colombia), Chucha, zarigüeya, zorro fara, zorro marsupial pelón, zorro cola pelada (en Nicaragua), Muca (Perú) [...] zorro pelón (Costa Rica), zorra (Panamá) y Raposa (Ecuador)”. Por su parte, la misma fuente recoge los siguientes nombres para *D. virginiana*: “tlacuache, tlacuache norteño, tlacuache de Virginia, zarigüeya americana, zarigüeya norteamericana, tacuacín o zarigüeya de Virginia”. Algunos de los nombres que recibe el tlacuache en las lenguas originarias de México son: ‘wüy’ (en ‘ombeayüts’ o huave de San Mateo del Mar, Stairs & Scharfe 1981: 416), ‘bizi’ (zapoteco del Istmo, Pickett y cols. 2013: 98), ‘xbanyid’ (zapoteco de San Bartolomé Zoogocho, Long & Cruz 2000: 73), ‘lipo’ (chontal de San Pedro Huamelula, O’ Connor 2014: 195), ‘takwaáči’ (yaquí de Sonora, Estrada 2009: 165), por poner unos pocos ejemplos.

⁵ Los autores advierten que “La biogeografía de los marsupiales basada en la comparación de restos fósiles con la historia geológica, revela diversas teorías que hasta la actualidad no se han podido probar con exactitud, ya que los registros de aquellos fósiles no son confiables, toda vez que existen grandes diferencias entre estos registros y los detalles precisos de estos mamíferos [...] Por lo tanto, el tema debe ser discutido con precaución” (Rueda *et al.* 2013: 142-143), y futuros hallazgos pueden obligar a realizar cambios en las teorías. Afirman así, por ejemplo, que toda su narración podría verse cuestionada por el hallazgo llevado a cabo en Asia el año 2003, de un fósil más antiguo que los americanos.

validez. Está claro que nosotros llegamos bastante después. Por supuesto, esto no importa demasiado, en tanto los humanos seamos más, seamos más fuertes o tengamos mejor tecnología, como la historia muestra que ha sucedido una y otra vez a lo largo del recorrido de nuestra especie, en el cual muchos grupos humanos han atacado, invadido, destruido o colonizado a muchos otros grupos. Y nunca se han sentido compelidos a dejar de hacerlo por esta clase de argumentos. Lo mismo aplica (o incluso peor) para cualquier otra especie animal con la que se hayan encontrado.

Seguro que, durante su largo periplo de millones de años y miles de kilómetros, a los tlacuaches les ha resultado de mucha ayuda el ser capaces de comer casi cualquier cosa. Tal y como afirma Valerio (1969: 44): “Si hay algún animal al que pueda llamarse omnívoro ese es el” tlacuache. Por si ello fuera poco, “pueden cambiar de hábitos alimenticios con relativa facilidad” (Cruz *et al.* 2014: 252). Comen desde luego frutas y verduras, pero también insectos y roedores, de modo que resultan excelentes para prevenir las plagas (Fig. 2). Quien se refiera al tlacuache como una plaga debería pensárselo mejor, pues este animalito acaba con verdaderas plagas, como las ratas, las garrapatas (llega a comerse 5,000 en una estación) o las chinches besuconas (*Triatoma infestans*, portadoras del *Trypanosoma cruzi*, causante de la enfermedad de Chagas). Asimismo, hay quien dice que su apetito por los insectos ayuda a que no se usen tantos pesticidas, lo cual no hace falta señalar, al menos desde Rachel Carson (2010, publicado originalmente en 1962), que es muy bueno para el medio ambiente (y por ende, también para la humanidad).

Otra parte de su dieta resulta especialmente destacable: las serpientes. Los tlacuaches son hábiles cazadores de

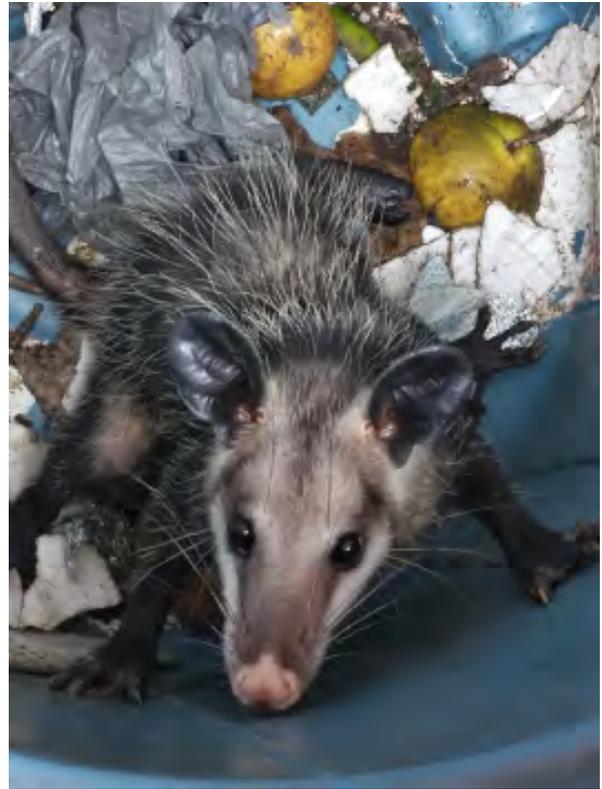


Figura 2. Tlacuache dentro de una papelerera (Fotografía: María Angélica Piñón González).

estos reptiles (véase p. ej. Almeida *et al.* 2000), y además resisten las mordeduras de muchas serpientes venenosas, lo cual posee efectos muy interesantes para los seres humanos: del suero sanguíneo de los tlacuaches pueden obtenerse compuestos capaces de funcionar como antídoto para el veneno de diversos ofidios. Según Komives *et al.* (2017), del suero de los tlacuaches pueden obtenerse proteínas capaces de neutralizar componentes tóxicos de varios venenos de serpiente. Este hecho es de vital importancia, pues de la obtención de semejante suero podría depender la vida de mucha gente, en los lugares donde las mordeduras de serpiente representan un peligro habitual.

Ya no continuaré exponiendo elementos de interés acerca de este animalito, pero habría muchísimos más, comenzando por el hecho de que, todavía no se sabe bien la causa, hay quien especula que

tiene que ver con su temperatura corporal, ligeramente más baja que los mamíferos placentarios, resulta muy improbable que se vea afectado por el virus de la rabia (y algunos otros). Su pulgar oponible en las patas traseras es una característica excepcional fuera del orden de los primates; hasta donde sé, si exceptuamos el “falso pulgar” de los osos panda, es compartida únicamente con los koalas. También es destacable el modo en que se asean constantemente, de modo similar a los gatos, o la manera en que han ido expandiendo su hábitat gracias a la ocupación humana y la construcción de carreteras (por ejemplo, la historia de cómo llegaron de Tennessee a California y desde allí colonizaron la Costa Oeste de los Estados Unidos). Otro aspecto digno de mención es su tolerancia al maltrato y al dolor; a este respecto, Krause & Krause (2006) cuentan que han visto esqueletos de tlacuaches perfectamente recuperados de fracturas que habrían acabado con muchos mamíferos euterios de similar tamaño. Tampoco hablaré por ahora del que resulta ser su más conocido comportamiento, el más carismático y que los distingue: la tanatosis, el fingirse muerto en determinadas situaciones de peligro. Y ni siquiera de lo que resulta más característico de los marsupiales: todo lo relativo a su forma de reproducción.

En vez de profundizar en todas estas fascinantes cuestiones, cualquiera de las cuales exigiría mucho mayor tratamiento, saltaremos a otro dominio, también de gran atractivo, especialmente en el área cultural de Mesoamérica.

La mitología del tlacuache

Pocos animales pueden presumir de un protagonismo semejante en los mitos mesoamericanos como el tlacuache. Y esta

fama no es cosa de nuestros días: tal y como afirma López Austin (2006: 18), “el tlacuache es un personaje popular. Lo es y lo ha sido por siglos”. A continuación, presentaré únicamente algunas pinceladas de esta popularidad. Dado que ya existe un libro extremadamente completo sobre los mitos en torno al tlacuache (López 2006), de lectura extremadamente recomendable, seguiré una de sus líneas de abordaje del tema, considerando en principio la mitología de la antigüedad para observar después la pervivencia actual de la misma.

López Austin distribuye en cuatro grandes apartados las conexiones mitológicas del tlacuache en los tiempos antiguos. El primero de tales apartados es su vinculación con la polaridad de la creación, expresada por ejemplo en el “Popol Vuh”, texto en el cual el Abuelo y la Abuela, la pareja de la que proceden los quichés, reciben respectivamente los nombres de “Utiú” y “Vuch”, es decir, Coyote y Tlacuache, que podría entenderse como una oposición entre la potencia masculina del cielo nocturno y la potencia femenina del amanecer. El segundo grupo tiene que ver con el papel de los tlacuaches como sostenedores del cielo; a este respecto, afirma López Austin (2006: 121): “Encontramos dibujados en el Códice de Dresde cuatro tlacuaches míticos cargando sobre sus espaldas uno al dios del maíz, otro al de la lluvia, otro al de la muerte, otro al de figura de jaguar, portando sendos cetros rematados por una mano. Son los bacaboob, los cuatro dioses que sostienen el cielo, los «tlacuaches actores» asociados a las fiestas de año nuevo que se celebraban entre los mayas del norte en los días últimos del año –los cinco días aciagos– y el primero del año siguiente”. Se trata de dioses de enorme importancia para la geometría del cosmos.

La tercera gran vinculación del

tlacuache es la que se establece con el complejo lunar, es decir, “con la diosa terrestre y lunar, con el degüello, con el pulque y con el maguey” (López 2006: 287). Esto puede verse en diferentes lugares: en el “Códice Vindobonensis”, por ejemplo, Krickenberg identificó al tlacuache “junto a la diosa decapitada, la cuna, el maguey y el juego de pelota en llamas [y por ello asocia a este marsupial] con el pulque, la Luna, la maternidad y el parto” (López 2006: 288). También señala que, para los mames, la identificación del tlacuache con la Luna es patente a nivel lingüístico: la palabra ‘*xajaw*’ (‘Luna’) es igual a la palabra ‘*ajaw*’ (‘tlacuache’) con el añadido de un marcador femenino.

Por último, el cuarto grupo diferenciado por López Austin se refiere a la relación entre el tlacuache y el maíz, concretamente el papel del tlacuache como ladrón del maíz, pues roba este vegetal a los dioses para dárselo a los seres humanos, como también roba el fuego, hecho que lo convierte en el Prometeo de Mesoamérica. El tema del robo es considerado por López Austin (2006: 291) como susceptible de proporcionar unidad a todos los mitos sobre el tlacuache, que son muchos y muy dispersos: “el tlacuache es el ladrón por excelencia, y lo que roba son las fuerzas divinas que lleva a la superficie de la tierra”.

López Austin (2006: 306) compara también las características mitológicas del tlacuache con las de *Quetzalcóatl*, uno de los más complejos dioses del panteón mesoamericano. Señala al respecto múltiples aspectos de interés para establecer semejante equiparación, la cual se ve apoyada por los datos arqueológicos, ya que excavaciones llevadas a cabo en Tlatelolco han encontrado una figura representando a un tlacuache en las inmediaciones del templo dedicado a *Quetzalcóatl-Ehécatl*. Yo

mencionaré sólo la siguiente selección:

- *Quetzalcóatl* viaja a la Región de los Muertos, para conocer sus secretos y extraer sus riquezas. De esta región extrae la luz, pero también se roba los huesos con los cuales finalmente dará forma a los seres humanos.
- *Tlahuizcalpantecuhtli*, una de sus advocaciones, es el señor del alba, que colorea las cosas con las primeras luces matutinas, antes de la salida del sol.
- Su relación con el fuego se muestra en los ropajes. También, al robar el fuego a los dioses y traerlo a la tierra, crea el calendario
- *Quetzalcóatl* se comporta en numerosas ocasiones como un ladrón (robando huesos, robando semillas del maíz, raptando a Mayáhuel, la diosa del maguey) y es también señor de los “*temacpalitotique*”, hechiceros que dormían a sus víctimas con una imagen del dios.
- *Quetzalcóatl* es un dios desmembrado y resucitado, lo cual se relaciona con una de las conductas más carismáticas del tlacuache: la tanatosis.

Después de semejante exposición, López Austin (2006: 313) llega a preguntarse: “¿diremos que el tlacuache es *Quetzalcóatl*?”. Y su respuesta no deja lugar a dudas: “En este mar borrascoso de las mezclas de las esencias que forman a los dioses, digamos que casi lo es” (López 2006: 313). Esta cercanía con una deidad de tanta relevancia para el panteón mesoamericano ha debido servir para realzar todavía más la figura del tlacuache a nivel mitológico. Así, quienquiera que, a la vista de un tlacuache, acelere su carro en lugar de frenarlo, debe saber, aparte de todas las consideraciones éticas, que está atentando contra la misma identidad mesoamericana. ¿Sería un buen eslogan “No

atropelles a *Quetzalcóatl*”? Probablemente sí.

Muchos de los elementos mencionados por López Austin llegan hasta nuestros días, cuando el tlacuache sigue siendo protagonista de numerosos relatos y mitos de los pueblos originarios. Se saldría con mucho de los márgenes de este escrito el realizar una exposición mínimamente completa de ese protagonismo, así que me limitaré a dar un par de ilustraciones. Con respecto al robo del fuego, López Austin (2006: 20), buscando sintetizar las múltiples versiones de este mito, señala un relato recogido entre los chatinos por Alicia Barabás y Miguel A. Bartolomé, en el cual “son los demonios los que tienen el fuego, la fiesta, el mezcal y el tabaco. El tlacuache, comisionado u oficiosamente, va con engaños hasta la hoguera y roba el fuego, ya encendiendo su cola, que a partir de entonces quedará pelada, ya escondiendo la brasa en el marsupio. Gran benefactor, el tlacuache reparte su tesoro a los hombres”.

Ahora quisiera añadir solamente un elemento más, que, como se verá, tiene un giro interesante. Se trata de un mito sobre el origen del maíz recogido por Rosas (2016) en el estado de Hidalgo. En esta narración, el tlacuache pierde el pelo de su cola al ayudar a *Tzitzimitl*, la abuela de *Sintectli*, el niño mágico de cuyo enterramiento nace la planta de maíz. En efecto, esta planta surge después de que la abuela mata al niño y lo entierra en un hormiguero; para acabar definitivamente con él, la abuela decide quemar todas las plantas, pero el incendio cuece el elote y el olor del mismo es tan agradable que *Tzitzimitl* decide comerlo. Entonces:

Ella se sintió mal, pues tenía la panza inflamada y no sabía qué hacer con tanto malestar, entonces llamó al tlacuache y le pidió ayuda, el tlacuache accedió y le dijo.

No te preocupes yo te ayudaré. Entonces dijo a la abuela que se agachara mientras él metía su cola dentro de ella. Al sacarla, la cola del tlacuache estaba sin pelo y de un color cenizo, y del agujero que hizo no salió más que porquería. El tlacuache hizo hecho un orificio por donde defecar lo que se había comido la abuela. Desde entonces los desperdicios de la comida tienen por donde ser desechados y el tlacuache anda por allí con la cola pelona. (Rosas 2016: 95-96)

Este hecho puede ponerse en relación, asimismo, con algo señalado ya en las crónicas de los primeros conquistadores que llegaron a México, como es el uso de la cola de tlacuache en medicina tradicional para diversas acciones, entre ellas acelerar el parto, liberar obstrucciones en los conductos urinarios, extraer flemas, etc. Declarar al tlacuache como responsable de que los humanos tengamos un sistema excretor de desechos sólidos parece coherente con este carácter desopilativo.

Relacionado con todo lo que ya se ha dicho, tengo que añadir que el análisis del significado y las funciones sociales de mitos y cuentos populares es una tarea de gran complejidad. De forma preliminar puede ser interesante recordar el modo en que tales narraciones sirven para mantener la identidad comunitaria. Al respecto, Mariscal (1990) señala la importancia del cuento del tlacuache como parte de la literatura oral que los aproximadamente 5,000 mixtecos que vivían a finales de la década de 1980 en la colonia Obrera de Tijuana recreaban para seguir comunicando los conocimientos y valores de su comunidad en un nuevo y hostil entorno, en el cual tenían que competir con personas más calificadas para obtener trabajo. A través de cuentos como los del tlacuache, los mixtecos hacen evidente que:

La astucia, arma de los débiles, es la que puede ofrecer alternativas y soluciones de compromiso exigidas por la realidad que enfrentan. Lo obvio, lo evidente, no es

necesariamente lo que les va a permitir la utilización de recursos que ofrece el medio en que se encuentran. Por otra parte, ante una situación de amenaza, de marginalidad, se requiere del heroísmo no de seres predestinados, sino de seres ordinarios dispuestos a llevar a cabo acciones de riesgo en bien de la comunidad, no obstante su condición de debilidad y sus desventajas. No son los dioses o la naturaleza los que en ese nuevo espacio que habitan les niegan sus bienes, sino otros hombres que los guardan para sí. La lucha no es, por lo tanto, con fuerzas telúricas sino con otros seres humanos más fuertes, a quienes sólo la astucia puede arrancar la riqueza que pertenece a todos. El relato de orígenes del fuego doméstico, gracias al carácter abierto de la producción artesanal de cultura, se adecúa al contexto y sirve para proponer fórmulas de sobrevivencia colectiva, de actualidad para sus transmisores modernos (Mariscal 1990: 22).

Estas consideraciones (que podrían extenderse apelando a numerosos ejemplos más) han debido servir para reconocer la importante función social que mitos y cuentos, en este caso los mitos y cuentos del tlacuache, continúan desempeñando en las sociedades de hoy.

Reflexiones finales

Cuando me pregunté por primera vez cuál podría ser el mejor elogio que podemos hacer a este animalito de tan gran relevancia ecológica y mitológica, mi respuesta fue: “ayudar a que la gente deje de atropellarlos”. Pensé primero en los atropellos porque hay muchos tlacuaches muertos en la carretera. Esto es patente a simple vista, pero también puede observarse en la literatura científica. Por ejemplo, Morales *et al.* (1997) realizaron un estudio sobre la mortalidad de vertebrados silvestres en un tramo de ocho kilómetros de carretera asfaltada en la parte norte del lago de Catemaco (Veracruz). El animal que se encontró atropellado en mayor número (en los 24 periodos de dos días a lo largo

de los dos años que duró la investigación) fue el sapo gigante (*Rhinella marina*), con 102 ejemplares, y el tlacuache ocupó el segundo lugar, con 73. En otro estudio, llevado a cabo en el extremo opuesto del Istmo de Tehuantepec, Grosselet *et al.* (2008) monitorearon durante 49 días un tramo de 1.2 km de carretera asfaltada en La Venta, localidad perteneciente al municipio de Juchitán de Zaragoza (Oaxaca). El sapo gigante volvió a ser el animal más atropellado, y el tlacuache en esta ocasión ocupó el tercer lugar general (y primero entre los mamíferos). Por su parte, en Estados Unidos, de acuerdo con Krause & Krause (2006: 36), “se estima que entre cuatro y ocho millones de tlacuaches mueren cada año a causa de los automóviles”⁶, la conclusión de esta mínima revisión es obvia: hay muchos tlacuaches atropellados⁷. Demasiados.

Por todo ello, un objetivo que me había planteado con la escritura de este texto, era conseguir que las personas dejaran de atropellarlos o, al menos, que pisasen el freno y no el acelerador (como me han dicho que hace alguna gente) cuando ven a uno de estos animalitos. Luego me enteré de que los atropellos no son el único riesgo para los tlacuaches. Alguien me contó que su abuelo, y en general las personas de su localidad, cuando veían a un tlacuache haciéndose el muerto “lo deshacían a machetazos”. Después, pude leer acerca de otro peligro que los acecha, como es el ser objeto de cacería: un estudio de biodiversidad en Veracruz (Conabio 2011), aunque no aclara por qué son cazados (las posibilidades son muchas, teniendo en cuenta de la multitud de “usos” del tlacuache en medicina tradicional y gastronomía)⁸, sí confirma con cazadores locales la realidad de esta práctica, realizada sin control institucional y que los autores consideran bastante extendida en la zona,

pues un 30% de los tlacuaches que fueron encontrados tenían heridas graves.

Los problemas para el tlacuache no se acaban ahí. En la *web* de ADAY (Asociación por los Derechos de los Animales en Yucatán A.C.) se puede leer:

En nuestra región, mucha gente parece tener fobia a las zarigüeyas. Lo más común, es que este animal sea lapidado y tundido a palos; pero se sabe de zarigüeyas que han sido capturadas vivas y colgadas de cabeza para seguir las apaleando, mutilarlas a punta de machete, y a veces hasta incinerarlas. Otras han sido dejadas colgadas (“por si reviven”), expuestas al sol para que mueran de hambre y sed. Su situación no es mejor en la ciudad, donde también es perseguida y exterminada con saña. Aquí lo más común es tirarla a media calle (luego de golpearla salvajemente) para que los automóviles le pasen encima y así evitar que “reviva”.

No se trata en absoluto de una práctica exclusiva de esa zona. El odio contra los tlacuaches parece estar muy extendido, como mostraré con este ejemplo, que es el último simplemente por cuestiones de espacio, ya que la lista podría extenderse mucho más⁹. En 2017, en Agua Dulce (Veracruz), un individuo se divirtió asesinando de manera cruel a toda una familia, decapitando a una madre y sus crías para posteriormente incinerarlas. Un video alardeando del hecho fue subido a redes sociales, lo cual afortunadamente desató una campaña en contra de este sujeto, que acabó según creo con una denuncia penal.

Después de este catálogo de horrores, también es justo decir que hay mucha gente que ama a los tlacuaches, en México

y otros muchos países. Y que hay otras muchas personas que, aun sin conocerlos de nada, jamás dañarían a este ni a ningún otro animal no humano. De hecho, sé que la práctica totalidad de quienes leen este artículo jamás atropellarían adrede a un tlacuache, ni mucho menos los asesinarían con lujo de salvajismo, aun cuando revuelvan su basura o incluso se coman los cultivos que con mucho esfuerzo han hecho crecer. ¿Qué sentido tiene, entonces, un texto como el presente?

En este punto, puede resultar útil acudir a un nuevo enfoque, como es el proporcionado por la mercadotecnia. En general, los estudiosos de las humanidades y ciencias sociales tienden a despreciar dicho enfoque, por considerarlo explotador, alienante y ligado a las prácticas más abyectas del neoliberalismo. No les falta razón en muchos casos, aunque también existen versiones más amables (véase al respecto Filgueiras 2019), entre ellas la denominada ‘mercadotecnia social’ (Lee & Kotler 2007), que ha mostrado su efectividad en innumerables ocasiones, modificando los comportamientos de las personas en un sentido beneficioso para ellas mismas y la sociedad, logrando, por ejemplo, que la gente deje de fumar, se ponga condón, no maneje cuando ha bebido o deje de golpear a su esposa...

Un elemento básico para desarrollar una campaña de mercadotecnia social es conocer las resistencias que pone la gente. En este caso, tendríamos que conocer con claridad de dónde surge el odio a los

⁶ Una de las posibles causas que los Krause barajan para esta alta mortalidad es que muchas veces los tlacuaches están comiendo a animales atropellados previamente.

⁷ De hecho, aunque el tlacuache tiene sus depredadores naturales, como el búho y otras rapaces nocturnas, Krause & Krause (2006) afirman que tales depredadores no son factores determinantes de la mortalidad de los tlacuaches. Si lo son, en cambio, los mencionados atropellos, y los parásitos, los cuales suelen provocarles enfermedades debilitantes que acaban por matarlos de inanición.

⁸ El tlacuache es utilizado en muchos lugares de México como alimento y en la medicina tradicional, véase por ejemplo el estudio de García-Flores *et al.* (2014) sobre el uso de mamíferos terrestres por parte de los habitantes del Parque Nacional El Tepozteco (Morelos). En Estados Unidos, Didelphis virginiana ha sido utilizado para obtener piel, empleada por ejemplo para cubrir el interior de los sombreros; también es parte de la gastronomía de algunos estados: es un dato muy mencionado que el expresidente Jimmy Carter afirmó haber comido tlacuache en su juventud.

⁹ En Internet se pueden encontrar numerosas referencias, provenientes de diversos lugares, a las crueles prácticas realizadas contra los tlacuaches: los degüellan, los lanzan a los perros, los envenenan, los mutilan...

tlacuaches, por qué la gente se empeña en tratarlos como a una plaga. Una hipótesis que sin duda va a surgir es el parecido con las ratas, que yo personalmente no aprecio, pero que sin duda existe para mucha gente, incluso para algunos especialistas. Lo vemos, por ejemplo, en Sánchez (1991: 7), quien lo describe como “parecido a una gran rata, con nariz larga y puntiaguda, piernas cortas, orejas cortas redondeadas con poco pelo, cola prensil desnuda y escamosa”.

Si somos capaces de ver un poco más allá de la caracterización del tlacuache como rata, como plaga, nos encontraremos con un animal admirable en muchos aspectos, que puede servir como ejemplo e inspiración. Entonces, el primer paso para superar tal barrera debería ser repetir y repetir que el tlacuache no es una plaga ni una rata. De hecho, habría que educar a la gente acerca de los tlacuaches, arriba hemos expuesto un montón de aspectos interesantes, y hemos dejado fuera otros muchos, como que fue uno de los primeros animales en viajar de América a Europa durante el llamado ‘intercambio colombino’. Estos conocimientos acercarán a mucha gente a los tlacuaches, y tal vez haya muchas personas que no necesitan más.

En ocasiones, el conocimiento no es suficiente o, mejor dicho, es más fácil modificar las conductas indeseadas o fortalecer las deseadas haciendo uso de las emociones. Por ello, tendrían que buscarse aspectos del comportamiento del tlacuache capaces de emocionar a la gente, de modo que sirvan como base, por ejemplo, para el diseño de campañas de mercadotecnia social capaces de ayudarlo.

¿Cuáles podrían ser tales aspectos? Antes sugerimos brevemente “no atropellar a *Quetzalcóatl*”, pero hay muchas más líneas argumentales capaces de funcionar como ideas rectoras para un posible plan de mercadotecnia social. La abnegada madre tlacuache, que pasa los días con diez o doce crías colgadas de su cuerpo y que, en caso de peligro para éstas, es capaz de enfrentarse con peligrosos depredadores, puede ser uno de tales aspectos. También la idea del ‘outsider’ que vive y deja vivir, adaptándose con maestría a cualquier circunstancia. Incluso, especialmente dedicada a quienes no aprecian belleza en la apariencia del tlacuache, la idea del feo con un corazón de oro (Fig. 3).

Pero el aspecto que más me llama la atención es “vender” al tlacuache como un gran pacifista. Leyendo a Krause & Krause (2006), nos enteramos de que a menudo el tlacuache es considerado erróneamente¹¹ como un animal estúpido, debido sobre todo a dos razones: la primera es el conocimiento del pequeño tamaño de su cerebro (equivalente a 25 frijoles secos, frente a 125 frijoles de un gato). La segunda tiene que ver con el hecho de que no muestran un comportamiento agresivo cuando son capturados. Para una especie tan condenadamente agresiva como la humana, está claro que ser tímido y no reaccionar de modo agresivo es señal de estupidez. Sin embargo, a mí me gusta verlo como pacifismo.

Evidentemente, hablar de pacifismo en el mundo animal puede considerarse a veces una proyección antropomórfica (antropocéntrica) intolerable; un fallo al menos tan severo como el famoso “Julio César es número primo” de Carnap. Me

¹⁰“Los tlacuaches tienen una notable capacidad para encontrar comida y recordar dónde la encontraron. Cuando se prueba su habilidad para recordar, los tlacuaches tienen mejor puntuación que las ratas, los conejos, los perros y los gatos [...] Estudios adicionales, diseñados para medir la habilidad de los tlacuaches para resolver problemas de laberintos indicaron que los tlacuaches maduros son superiores a la mayoría de las especies (ratas, gatos) en tareas de aprendizaje de laberintos” (Krause & Krause 2006: 32). Gran parte de las concepciones erróneas sobre la presunta estupidez de los tlacuaches podrían deberse a que la mayoría de las pruebas de inteligencia que se han efectuado a este animal crepuscular y nocturno se llevaron a cabo durante el día.



Figura 3. Cría de tlacuache *D. virginiana* liberada en el jardín botánico Puerto Escondido (Fotografía: Jesús García Grajales).

ampararé diciendo que hablo en un nivel metafórico, precisamente uno de los más útiles para la mercadotecnia social. En este nivel, también podría interpretarse en clave pacifista el que es, sin duda, su comportamiento más conocido: la tanatosis.

El tlacuache es un animal que, ante ciertas situaciones, lleva a cabo una conducta de intimidación: si se ve acorralado, puede mostrar sus impresionantes 50 dientes (he podido verlo en persona) y silbar, gruñir o chillar. Pero si realmente está en peligro, supongamos que sea acosado por dos perros, los cuales no se dejan impresionar por el 'bluff' y siguen atacándolo, entonces se hace el muerto. Todavía es poco lo que se sabe de este comportamiento, al parecer involuntario (el animal no está fingiendo, como piensan algunas personas, sino que se trata de una reacción similar al desmayo en los seres humanos). No entraré en consideraciones biológicas, pero volviendo al nivel metafórico, se trata de una

estrategia curiosa y hasta cierto punto confiada. Durante un periodo variable, que puede ir de cuarenta minutos a cuatro horas, el tlacuache no reacciona. Muchos depredadores lo dejan en paz hasta que "revive", pero tal vez las cartas estén mal dadas y anden por allí un par de humanos con ganas de machetearlo. En ese caso, nunca más se levantará. ¿Podemos decir que se ha ido en paz? Tal vez sí: su estrategia como especie parece acercarlo más a las tortugas, enterrando cientos de huevos en la playa, que a la pareja de intelectuales que deciden tener un hijo. El tlacuache ha tenido sus docenas de hijos, sus cientos de nietos, ya ha cumplido, ya puede irse en paz.

Aunque biológicamente estas consideraciones dejen mucho que desear (soy plenamente consciente de ello) para la mercadotecnia social pueden tener un gran importancia. Resulta interesante aquí la comparación con otro marsupial,

el demonio de Tasmania (*Sarcophilus harrisi*), un animal enormemente carismático, que funge como emblema de su estado y es un importante atractor del turismo. Como sabemos, desde 2008 el demonio de Tasmania se encuentra en peligro de extinción, fundamentalmente a causa de un contagioso cáncer facial (denominado DFTD por sus siglas en inglés: *Devil Facial Tumour Disease*). Dado que el demonio de Tasmania también es víctima de los atropellos, esta situación ha provocado que se realicen numerosos estudios en los cuales se llega a tomar en cuenta la coloración del animal para estimar su visibilidad en diferentes condiciones lumínicas. Con el tlacuache sucede algo muy diferente: no está en riesgo (lo cual en principio es bueno) pero la gente no parece apreciarlo (malo). Lograr que la gente lo aprecie es tarea de la mercadotecnia social, pues ésta es necesaria cuando la relevancia ecológica no es un aspecto a tomar en cuenta, lo mismo que la mitología, pues en el mundo de hoy casi nadie escucha las historias de los viejos dioses. En esas circunstancias, la mercadotecnia social puede ser lo único capaz de mejorar la imagen del tlacuache. Por eso debe explorarse tal camino.

Con esta última línea podría finalizar el presente trabajo, pero quiero cerrarlo con un comentario que quizás podría leerse como contradictorio con todo lo dicho hasta ahora. Escribo este texto en medio de la pandemia de coronavirus de 2020, que entre otras muchas cosas ha representado una cura de humildad a nivel colectivo, y que por tanto sirve para reflexionar sobre la extrema fragilidad de la especie humana. Frente a este panorama, y visto el éxito evolutivo de los tlacuaches, vistos sus millones de años sobre el terreno de juego, cabe preguntarse si son ellos o nosotros quienes necesitamos ayuda.

De todos modos, en las circunstancias

actuales, pensando en los individuos más que en la especie, pensando en el mundo de hoy y en las carreteras de dicho mundo, considero prudente el haber escrito este elogio.

Agradecimientos

A dos revisores anónimos que realizaron comentarios que ayudaron a mejorar el presente trabajo.

Referencias

- ADAY-Asociación por los Derechos de los Animales de Yucatán. s.f. La zarigüeya. Consultado el 4 de junio de 2020: <http://adayambientalista.blogspot.com/p/la-zarigüeya.html>
- Almeida-Santos, S.M., M.M. Antoniazzi, O.A. Sant'anna & C. Jared. 2000. Predation by the Opossum *Didelphis marsupialis* on the Rattlesnake *Crotalus durissus*. *Current Herpetology* 19(1): 1-9.
- Carson, R. 2010. Primavera silenciosa. Crítica, Barcelona, 372 pp.
- Ceballos, G., J. Arroyo-Cabrales, R.A. Medellín & Y. Domínguez-Castellanos. 2005. Lista actualizada de los mamíferos de México. *Revista Mexicana de Mastozoología* 9: 21-71.
- Conabio-Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad. 2011. La biodiversidad en Veracruz: Estudio de Estado. Vol. II: Diversidad de especies: Conocimiento actual. Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad, Gobierno del Estado de Veracruz, Universidad Veracruzana, Instituto de Ecología, A.C., México, 680 pp.
- Conanp-Comisión Nacional de Áreas Protegidas. 2003. Programa de manejo del Parque Nacional Huatulco. Conanp, México, 206 pp.
- Cruz-Salazar, B., L. Ruiz-Montoya, D. Navarrete-Gutiérrez, E.E. Espinoza-Medinilla, E. Vázquez-Domínguez & L.B. Vázquez. 2014. Diversidad genética y abundancia relativa de *Didelphis marsupialis* y *Didelphis virginiana* en Chiapas, México. *Revista Mexicana de Biodiversidad* 85: 251-261.
- Estrada Fernández, Z. 2009. Yaqui de Sonora. El Colegio de México, México, 171 pp.
- Filgueiras Nodar, J.M. 2019. Del marketing tradicional al marketing de liberación. *REDMARKA. Revista de marketing aplicado* 23 (1): 75-90.
- García-Flores, A., M.A. Lozano-García, A.L. Ortiz-Villaseñor & R. Monroy-Martínez. 2014. Uso de

- mamíferos silvestres por habitantes del Parque Nacional El Tepozteco, Morelos, México. *Etnobiología* 12(3): 57-67.
- Grosselet, M., B. Villa-Bonilla & G. Ruiz Michael. 2009. Afectaciones a vertebrados por vehículos automotores en 1.2 km de carretera en el Istmo de Tehuantepec. *Proceedings of the Fourth International Partners in Flight Conference: Tundra to Tropic*, 227-231.
- Jackson, F. 1982. Epiphenomenal Qualia. *Philosophical Quarterly* 32: 127-136.
- Jackson, F. 1986. What Mary didn't know. *The Journal of Philosophy* 83 (5): 291-295.
- Komives, C.F, E.E. Sanchez, A.S. Rathore, B. White, M. Balderrama, M. Suntravat, A. Cifelli & V. Joshi. 2017. Opossum peptide that can neutralize rattlesnake venom is expressed in *Escherichia coli*. *Biotechnology Progress* 33(1): 81-86.
- Krause, W.J. & W.A. Krause. 2006. The opossum: its amazing history. Universidad de Missouri, Columbia, Missouri, 80 pp.
- Lee, N.R. & P. Kotler. 2007. *Social marketing. Influencing behaviors for good*. SAGE, Nueva York, 444 pp.
- Lira-Torres, I., M.A. Camacho-Escobar & C. Hernández-Santiago. 2008. Mamíferos de la Bahía y Micro-Cuenca del Río Cacaluta, municipio de Santa María Huatulco, Oaxaca. Pp. 267-280, In Domínguez-Licona, J.M. (ed.), *Diagnóstico de los Recursos Naturales de la Bahía y Micro-Cuenca de Cacaluta, Municipio de Santa María Huatulco, Oaxaca*. Universidad del Mar, Huatulco.
- Long, R. & S. Cruz. 2000. *Diccionario zapoteco de San Bartolomé Zoogocho, Oaxaca*. Instituto Lingüístico de Verano, México, 531 pp.
- López Austin, A. 2006. Los mitos del tlacuache. *Caminos de la mitología mesoamericana*. Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, 516 pp.
- Mariscal, B. 1990. La Cultura de la Crisis. *Tradición oral urbana y fronteriza. Oralidad* 2: 20-24.
- Morales-Mávil, J.E.; J.T. Villa-Cañedo, S.H. Aguilar Rodríguez & L. Barragán Morales. 1997. Mortalidad de vertebrados silvestres en una carretera asfaltada de la región de Los Tuxtlas, Veracruz, México. *La Ciencia y el Hombre* 27: 7-23.
- Nagel, T. 1974. What Is It Like to Be a Bat?. *The Philosophical Review* 83(4): 435-450.
- O' Connor, L. 2014. *Chontal de San Pedro Huamelula, Sierra baja de Oaxaca*. El Colegio de México, México, 202 pp.
- Pickett, V. y colaboradores. 2013. *Vocabulario zapoteco del Istmo. Zapoteco-español y español-zapoteco*. 5a ed. Instituto Lingüístico de Verano, México, 129 pp.
- Rosas Guerra, O.S. 2016. La creación del maíz en las culturas del golfo de México: los mitos de *Chicomexochitl*, *Dhipaak* y *Homshuk*. *Revista de Estudios Interculturales* 2(4): 86-101.
- Rueda, M.C., G.F. Ramírez & J.H. Osorio. 2013. Aproximación a la biología de la zarigüeya común (*Didelphis marsupialis*). *Boletín científico del Museo de Historia Natural* 17(2): 141-153.
- Sánchez Bernal, V.M. 1991. Aspectos de la biología del tlacuache (*Didelphis virginiana*) en la estación científica Las Joyas usando radiotelemetría. Tesis de Licenciatura, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México.
- Stairs Kreger, G.A. & E.F. Scharfe de Stairs. 1981. *Diccionario huave de San Mateo del Mar*. Instituto Lingüístico de Verano, México, 424 pp.
- Valerio, C.E. 1969. La gran capacidad adaptativa del zorro pelón (*Didelphis marsupialis* Linn). *Revista de la Universidad de Costa Rica* 26: 43-44.